José María Gabriel y Galán **CAMPESINAS**

Fecundidad

Mucho más alto que los anchos valles, honda vivienda de la grey humana; mucho más alto que las altas torres con que los hombres a los siglos hablan; mucho más alto que la cumbre arbórea, llena de luz, de la colina plácida; mucho más alto que la alondra alegre cuando en los aires la alborada canta; mucho más alto que la línea oscura que hay de la sierra en la fragosa falda, donde empieza el imperio de las fieras y las conquistas del trabajo acaban... Allá, en las cumbres de las sierras hoscas, allá, en las cimas de las sierras bravas; en la mansión de las quietudes grandes, en la región de las silbantes águilas, donde se borra del vivir la idea, donde se posa la absoluta calma, su nido asientan los silencios grandes, el tiempo pliega sus gigantes alas y el espíritu atento siente flotar en derredor la nada...; allá, en las crestas de los riscos negros, cerca del vientre de las nubes pardas, donde la mano que los rayos forja las detonantes tempestades fragua, allí vivía el montaraz cabrero su tenebrosa vida solitaria, melancólico Adán de un paraíso sin Eva y sin manzanas... Las sierras imponentes le dieron a su alma la terrible dureza de sus focas, la intensa lobreguez de sus gargantas, las sombras tristes de las noches negras, la inclemencia feroz de sus borrascas, los ceños de sus breñas bravas, la indolencia brutal de sus reposos y el eterno callar de sus entrañas. Jamás movió la risa los músculos de acero de su cara ni ver dejaron sus hirsutos labios unos dientes de tigre que guardaban. Un traje de pellejo, que hiede a ubre de cabras y suena a seco ruido de frágil hojarasca, cubre aquel cuerpo que parece un diente del risco roto de la sierra parda. ¡Oh! Cuando tenue en las rocosas cumbres la aurora se derrama sus ámbitos tiñendo de dulce luz violácea, ya el solitario en el peñón la espera mirando a Oriente con quietud de estatua; viva estatua musgosa que siempre a solas con el tiempo habla;

esfinge viva que plegó su ceño porque la vida le negó sus gracias, porque azotó la soledad sus carnes, porque el reposo congeló su alma... Y luego, cuando abajo se muere el día de tristeza lánguida y se ponen las peñas de las cimas tristemente doradas, y luego grises, y borrosas luego, y al cabo negras, con negruras trágicas, mirando hacia Occidente, desde aguda granítica atalaya recibe inmóvil el Adán salvaje la noche negra que la sierra escala... ¿No habrá creado Dios un sol que rompa la noche de aquel alma y en luz de aurora fructuosa y bella le bañe las entrañas? II Bajó una tarde de las altas cumbres, vagó errabundo por las anchas faldas y se asomó a la vida de los hombres desde la orilla de las breñas agrias. Subió otra vez a su salvaje nido, tomó a bajar a la vivienda humana y ya movió la risa los músculos de acero de su cara, y sus diente de tigre, descubiertos, dieron reflejos de marfil y nácar, y el hosco ceño despejó la frente, y se hizo dulce y mansa la dulzura feroz, brava y sañuda de aquel mirar de sus pupilas de ágata...; cortó un lentisco y horadó su tallo, pulió sus nudos y tocó la gaita, y oyó por vez primera la sierra solitaria música ingenua, balbuciente idioma que al hombre niño le nació en el alma. ¡Cantó la estatua al declinar la tarde! ¡Cantó la esfinge al apuntar el alba! Y una que trajo de color de oro mayo gentil espléndida mañana, con sol de fuego que arrancó resinas de las olientes montaraces jaras, e hizo bramar al encelado ciervo, junto al aguaje en que su sed templaba, e hizo gruñir al jabalí espantoso, e hizo silbar a las celosas águilas que por encima de los altos riscos persiguiéndose locas volteaban...; una mañana que vertió en la sierra toda la luz que de los cielos baja, todas las auras que la sangre encienden, todos los ruidos que el oír regalan, todas las pomas que el sentido enervan, todos los fuegos que la vida inflaman...; por entre ciegas madroñeras húmedas, por entre redes de revueltas jaras, por laberintos de lentiscos vírgenes y de opulentas madreselvas pálidas,

y de bravíos vigorosos brezos, y de romero cuyo aroma embriaga, el solitario montaraz subía rompiendo el monte con segura planta y abriendo paso a la cabrera ruda que vio del monte en la fragosa falda, y fue a buscar a la vecina aldea cual lobo hambriento que al aprisco baja. En derechura al nido de la cumbre radiante de alegría la llevaba. Eva morena, de las breñas hija y de ella locamente enamorada, iba a la cumbre a coronarse sola reina de la montaña. Como membrudo corredor venado, rompe el cabrero las breñosas mallas; como ligera vigorosa corza, de peña en peña la cabrera salta. Corren así temblando de alegría, cuantas parejas por la tierra vagan, pero ninguna tan gentil y noble subiendo va cual la pareja humana, que amor le dice que la altura es suya, porque es del rey el elevado alcázar, y es para el lobo la maraña negra de la húmeda garganta, y es para el feo jabalí el pantano donde el camastro enfanga, y es para el chato culebrón la grieta de ambiente frío y tenebrosa entrada... III Y vi una tarde el amoroso idilio sobre la cima de la azul montaña: un sol que se ponía, una limpia caseta que humeaba, una cuna de helechos a la puerta y una mujer que ante la cuna canta... Y el hombre en un peñasco tañendo dulce gaita que va trayendo hacia el dorado aprisco los chivos y las cabras... Una nube No hay posibles hogaño pa eso —dijo el padre de ella; y el del mozo exclamó pensativo: «Pues entonces hogaño se deja porque yo también ando atrasao con tantas gabelas... Que se casen al año que viene, dispués de cosecha, y hogaño entre dambos le daremos tierra pa que el mozo ya siembre pa ellos esta sementera.» Y el mozo y la moza, rojos de vergüenza, lo escucharon humildes y mudos,

sin osar levantar la cabeza. Y el mozo labraba, derramaba las siete fanegas, regaba su trigo con sudor de la frente morena, y en sus sueños lo vio muchas veces maduro en las tierras, cargado en el carro, junto ya en las eras, limpio ya en las trojes, blanqueadas tres veces por ella... ¡Agosto lejano! ¿No vienes, no llegas? Agosto ya vino; su sol ya platea los inmensos tablares de espigas que doblándose henchidos revientan... ¡Qué hermosa la hoja! ¡Contento da verla! ¡Qué ondear tan suave a los ojos! ¡Qué música aquella, la del choque de tantas espigas que la brisa a compás balancea! ¡La brisa!... ¡La brisa!... una tarde radiante y serena sopló más caliente, sopló con más fuerza, humilló las espigas al suelo, revolvió la tranquila alameda, levantó remolinos de polvo, trajo nubes negras que azotaron al suelo con gotas calientes y gruesas... Se pusieron los valles oscuros, se pusieron violáceas las sierras, y fatídica, ronca, iracunda, vengadora, cercana, tremenda, zumbó la amenaza vibró la centella, que rayó con su látigo el vientre de la nube cargada de piedra... ¡Y la nube en los campos inermes derrumbó aquella carga siniestra!... ¡Qué triste la hoja! ¡Pena daba verla! ¡Ya no pueden los mozos casarse cuando ellos quisieran! ¡Qué triste está el mozo! ¡Cómo llora ella!... Y es bueno que esperen, ¡que no es firme el amor que no espera! LA ESPIGADORA ¿Vas a espigar, Isabel? ¡Cuánto siento, criatura, que bese el sol esa piel que tiene jugo y frescura de pétalos de clavel! Sé que espigar necesitas, porque, aunque al sol te marchitas, no es bueno que huelgue y duerma

quien tiene cuatro hermanitas y tiene a su madre enferma. Mas díganme humanos ojos si te hizo Naturaleza para que en estos rastrojos, hieran tus pies los abrojos y abrase el sol tu cabeza. Entre pintados cristales de alcázares ideales hay cien reinas poderosas... ¡Para la más bellas cosas no tiene el mundo fanales! Isabel: no puedo amar; no puedo abrirte la puerta de mi pecho y de mi hogar, porque a otra Isabel, ya muerta, se los juré consagrar. Y eres tan bella, Isabel, que tengo duda cruel de si serás sombra bella de aquella eclipsada estrella que viene a ver si soy fiel. Lo digo por tus miradas, que parecen oleadas del piélago de la gloria y no pobres llamaradas de bella mortal escoria; lo digo porque me suena tu voz a salmo cristiano: lo digo porque eres buena, porque eres casta y serena como noche de verano. ¡Isabel: no puedo amar! Dios sabe que si pudiera partir contigo mi hogar ahora mismo te dijera: -No vayas, niña, a espigar, que cerca de ese desierto tengo una casa y un huerto que entolda un viejo parral donde estarás a cubierto del beso de mi rival, y si espigar necesitas..., ¡descanse mi reina y duerma!, que está en mis trojes benditas el pan de tus hermanitas y el pan de tu madre enferma. Mas ni estas puras y sanas consolaciones cristianas puedo pedir al amor..., ¡dijeran lenguas villanas que andaba en ello tu honor! Vete a espigar, moza mía, que si el mundo fuese honrado, como tu honor merecía,

contigo a espigar iría quien sabe lo que es sagrado; contigo se fuera, hermosa, por el desierto ardoroso, quien tiene por cierta cosa que nadie mancha una rosa si no es un reptil baboso. En el rincón de ese ardiente desierto que el sol calcina tengo yo un prado riente con una pomposa encina y una purísima fuente; y bajo el palio frondoso que apaga el fuego del cielo, yo te dejara gozoso oyendo el decir copioso del agua del regatuelo, y yo, afrontando fatigas bajo ese cielo que arde, diera envidia a las hormigas para llevarte a la tarde rubias manadas de espigas. ¡No puedo, sol de mis ojos! Tendrás que ir sola, Isabel, para que en esos rastrojos hieran tus pies los abrojos y el sol mancille tu piel. Tendré que verte a la vuelta, cuando a tu pobre hogar vayas, la trenza del jubón suelta, rotas las pulidas sayas, la cabellera revuelta, con polvo y sudor pegado sobre las sienes el pelo y hundido el seno abultado, y el alto dorso encorvado, y el casto mirar al suelo. Y fuerza será que vea cómo el sol de los rastrojos tu piel de rosa broncea y cómo escalda y orea tus húmedos labios rojos. Mas vete sola, Isabel, que, aunque me cause dolor que el sol mancille tu piel, es más injusto y crüel que el mundo empañe tu honor. Mejor que un decir artero mil veces llorar prefiero bellezas que el sol se lleve... ¡Virgen de bronce te quiero mejor que Venus de nieve! LA ROMERÍA DEL AMOR

IDeclinaba la tarde lentamente. El sol enrojecido transponía las cumbres solitarias del Poniente tras un radiante y bochornoso día del sol sin nubes y de siesta ardiente. A medida que el astro moribundo sola dejaba la extensión del mundo, la tierra, adormecida de la pereza en el sopor profundo, resucitaba espléndida a la vida; y cual mujer hermosa que de los sueños de enervante siesta despierta triste, de vivir ansiosa, y se dispone a la nocturna fiesta; así Naturaleza despertando del hondo sueño incubador del día empezaba a moverse, preludiando la inmensa rumorosa sinfonía de una noche serena de brisas mansas y de luna llena. La tarde se moría, y a medida que el fuego se apagaba del sol fecundador, que ya se hundía, el monte melodioso se animaba, la vega se reía, se cargaban los aires de rumores, y temblaban las hojas de alegría, y en la atmósfera azul, rica en fulgores, la luz crepuscular se derretía... ¡Solo la de la tarde hay en el mundo que se pueda llamar bella agonía! El campo abrió sus pomas, y en las alas del céfiro movido, subieron y bajaron de las lomas y entraron por las puertas del sentido riquísimos aromas de ya agostada manzanilla enana, rosillas de gavanzos, toronjil, hierbabuena y mejorana, madreselva, poleos y mastranzos... Innominada pajarita albina entonó su cantata vespertina posada en los pimpollos del saúco, arrulló la paloma montesina, chilló el abejaruco clavado en la verruga de la encina, la atmósfera caliente saturaron de frescas humedades las riberas, las mieses ondearon, gimieron las choperas... y todo el gran paisaje teñido del misterio de la hora, moviendo el verde mar de su follaje, inició la canción susurradora que canta por las tardes su oleaje. Las sombras del crepúsculo amoroso, velos de muerte de la tarde quieta, cayeron sobre el valle misterioso,

cayeron sobre el alma del poeta... Y del dulce, del grato seno profundo de la oscura fronda de fresnos y mimbrales del regato, romántica, alta y honda, purísima y vibrante, bizarra, magistral, insinuante, más cargada que nunca de dulzura, más henchida que nunca de armonía, más llena de frescura, más rica en poesía, más intensa y sonora, más que nunca feliz, más habladora, surgió la incomparable, surgió la peregrina primorosa canción inimitable que brota de la lengua cristalina del pájaro cantor de los cantores, cuando sabe que escucha sus primores en la rama vecina una enferma de fiebre incubadora que extática reposa sobre el nido donde el hondo misterio se elabora... ¡Sólo estando en amores saben cantar así los ruiseñores! II El riente lucero vespertino, y el hijo del crepúsculo y del día, ya en el cielo lucía circundado de un nimbo diamantino. Delante de la ermita un valle había, y en él alegremente bailaba todavía gran multitud de campesina gente. ¡Sones de tamboril, toques sentidos de la gaita dulcísima caídos, alegre repicar de castañuelas!... ¡Qué bien debéis sonar en los oídos de todas las mozuelas! Tocó a su fin la alegre romería; y tomando caminos y senderos, se dispersó con loca algarabía la feliz multitud de los romeros. Mansa luna redonda, surgiendo del perfil del horizonte, tiñó de blanco la movida fronda, y una dulzura honda se derramó por la extensión del monte. La alegre juventud, con sus cantares, llenó los encinares, y en amantes parejas separados caminaban por valles y cañadas, ellos enamorados y ellas enamoradas... ¡Dichosos ellos y dichosas ellas que unirse saben y decirse amores debajo de una bóveda de estrellas

y encima de una sábana de flores! Solo el pobre poeta, el visionario, el hongo de los valles de la aldea, por los cuales pasea un dolor siempre igual y siempre vario, no tiene un alma amiga, un alma de mujer hermosa y pura que por él sienta amor y se lo diga con la voz empañada de ternura. La luz de plata de la luna llena, tibia, elegíaca, mística y serena, llenaba el mundo de apacible calma: la sangre hervía, se quejaba el alma, y el pobre rimador lloró de pena. ¿De qué le servirán al visionario los sueños de la loca fantasía si al tomar de la alegre romería nadie más que él camina solitario, mendigo de amor y la alegría? ¿Qué le vale la musa soñadora que le inspira sutiles creaciones? ¿Qué le vale la cítara sonora, si sus vagas románticas canciones son errabundas melodías muertas cuyo ritmo ideal, desvanecido, no llega enamorado ante las puertas de amante corazón y amante oído? ¡Qué artificio tan ruin le parecían sus doradas cantatas amorosas, muertas flores pomposas con senos de papel que no tenían polen fecundador ni olor de rosas! ¡Qué falsas vio pasar, qué mentirosas sus legiones de vírgenes sutiles, sus engendros de gasas y vapores, dislocadas bellezas femeninas que brindaban estériles amores! ¡Cuán pobre poesía, cuán helada, cuán pálida y vacía aquella que brotaba del cerebro genial que la creaba y en estrofas de mármol la vertía! ¡Oh!, por eso al romántico ingenioso, aéreo soñador artificioso de otro vivir enamorado ahora, le invadió la nostalgia tentadora del amor fructuoso, nutrimento del alma soñadora, savia pujante del vivir brioso, el amor que en el monte se reía y en la ermita rezaba agradecido, y en el valle bailaba de alegría, y al fuego del placer enardecido, en ansias de vivir se derretía...; un amor fuerte y sano, tan fecundo en promesas, tan humano como el que en alas de esperanza ciega iba cantando por aquel camino

la canción de la vida que se entrega en los brazos fecundos del destino. Si aquel amor su espíritu tocara, sus entrañas de hombre sacudiera y su mente de artista caldeara, ¡qué rica, qué sincera, qué llena de vigor su poesía! ¡La helada realidad qué poco fría! ¡Qué sabrosa y feliz la vida fuera! La música briosa sonaría de sus nuevas canciones a murmullos de plática vehemente, y a fogoso latir de corazones, y a rítmico alentar de pecho ardiente... -¡Más, más! ¡Más todavía! -gimió el poeta con doliente bríо-: ¡Seré de una mujer, será ella mía y aun no seré feliz!... ¡Mas, más, Dios mío! III ¡El poeta era yo! Sentíme fuerte, llena mi carne se sintió de vida, lleno de fe mi corazón inerte, llena de luz mi mente oscurecida... ¡Me alcé en la tumba y sacudí la muerte! Y tomando a la ermita abandonada, ya envuelta en la callada, tranquila y santa soledad serena de la noche ideal de luna llena, ante sus muros me postré de hinojos, al alto ventanal iluminado alcé mi corazón, alcé mis ojos y del fondo del pecho enamorado me salió esta oración. «¡Virgen bendita!, no volveré a tu ermita a rendirte misérrimos cantares, a poner con los hielos de la mente, ofrendas de artificio en tus altares, coronas de oropel sobre tu frente. ¡Volveré cuando traiga de la mano, para rendirlo ante tus pies de hinojos, un angelino humano que tenga azules, como tú, los ojos!...» La vela ILa moza murió a la aurora y el mozo no sabe nada, que más temprano que el día se levantó esta mañana, y alma blanda y cuerpo recio bregando están en la arada con una pena muy honda, con una tierra muy áspera. A ratos desmaya el cuerpo y el alma a ratos desmaya,

y ya cuando al surco caen aquellas gotas de agua, no sabe el mozo de fijo si son sudores o lágrimas, que si el alma mucho sufre y el cuerpo mucho se afana, ruedan en uno fundidos jugos del cuerpo y del alma. ¡Qué tarde aquella tan triste! ¡Las nubes son tan opacas!... ¡Están los campos tan mudos!... ¡Están las tierras tan pardas!... Y la idea de la vida ¡es tan borrosa y tan vaga! Parece que Dios se ha ido del yermo que antes llenaba y el alma se siente sola en el centro de la nada. ¡Señor, que todo lo llenas! ¡Señor, que todo lo abarcas! ¡No dejes solo el terruño y a tus edenes te vayas, que en el terruño vivimos con el pan de la esperanza aquel gañán que perdiera sus dichas esta mañana y este hijo fiel que en el surco con las alondras te canta! II ¡Qué pobremente la entierran! La llevan en unas andas cuatro viejos que en el campo por viejos ya no trabajan, y solo siete mujeres... han podido acompañarla, que al yugo de sus trabajos están las gentes atadas. La marcha a veces suspenden porque los viejos se cansan y en el suelo depositan la pesadísima carga, mientras el sudor se enjugan de sus venerables calvas. Llegaron al campo santo cuando aquel gañán llegaba ya con el último surco del campo santo a la tapia, que araba el muchacho en tierras al cementerio rayanas porque en vida y en amores piensa no más el que ama. Los bueyes humedecieron la pobre musgosa tapia con el largo resoplido de la postrera parada; y el mozo, extático y mudo, con ojos llenos de lágrimas,

vio turbiamente las luces, vio turbiamente las andas, y oyó el caer de la tierra, y vio que se arrodillaban los viejos y las mujeres murmurando una plegaria... Cayó el mozo de rodillas, una mano en la aguijada, otra mano en la mancera, un dogal en la garganta, y en el corazón un nudo, y un mar de hiel en el alma, -¡Ni una velita siquiera que tengo para alumbrarla! Así, con honda ironía, dijo el gañán sin palabras. Si hubiese alzado a los cielos la triste turbia mirada, viera mansamente ardiendo con trémula luz opaca el aguijón que guarnece la enhiesta, recta, aguijada... Mi vaquerillo He dormido esta noche en el monte con el niño que cuida mis vacas. En el valle tendió para ambos, el rapaz su raquítica manta ¡y se quiso quitar -¡pobrecillo!- su blusilla y hacerme almohada! Una noche solemne de junio, una noche de junio muy clara... Los valles dormían, los búhos cantaban, sonaba un cencerro; rumiaban las vacas..., y una luna de luz amorosa, presidiendo la atmósfera diáfana, inundaba los cielos tranquilos de dulzuras sedantes y cálidas. ¡Qué noches, qué noches! ¡Qué horas, qué auras! ¡Para hacerse de acero los cuerpos! ¡Para hacerse de oro las almas! Pero el niño, ¡qué solo vivía! ¡Me daba una lástima recordar que en los campos desiertos tan solo pasaba las noches de junio rutilantes, medrosas, calladas, y las húmedas noches de octubre, cuando el aire menea las ramas, y las noches del turbio febrero, tan negras, tan bravas, con lobos y cárabos, con vientos y aguas!... ¡Recordar que dormido pudieran pisarlo las vacas, morderle en los labios horrendas tarántulas,

matarlo los lobos, comerlo las águilas!... ¡Vaquerito mío! ¡Cuán amargo era el pan que te daba! Yo tenía un hijito pequeño -¡hijo de mi alma, que jamás te dejé si tu madre sobre ti no tendía sus alas!- y si un hombre duro le vendiera las cosas tan caras... Pero ¡qué van a hablar mis amores, si el niñito que cuida mis vacas también tiene padres con tiernas entrañas? He pasado con él esta noche, y en las horas de más honda calma me habló la conciencia muy duras palabras... y le dije que sí, que era horrible..., que llorándolo el alma ya estaba. El niño dormía cara al cielo con plácida calma; la luz de la luna puro beso de madre le daba, y el beso del padre se lo puso mi boca en su cara. Y le dije con voz de cariño cuando vi clarear la mañana: -¡Despierta, mi mozo, que ya viene el alba y hay que hacer una lumbre muy grande y un almuerzo muy rico!... ¡Levanta! Tú te quedas luego guardando las vacas, y a la noche te vas y las dejas... ¡San Antonio bendito las guarda!... Y a tu madre a la noche le dices que vaya a mi casa, porque ya eres grande y te quiero aumentar la soldada. Ara y canta ILabriego, ¿vas a la arada? Pues dudo que haya otoñada más grata y más placentera para cantar la tonada de la dulce sementera, ¿Qué has dicho? ¡Que el desgraciado que pasa el eterno día bregando tras un arado jamás cantó de alegría si alguna vez ha cantado? Es una queja embustera

la que me acabas de dar. ¿No sabes que yo sé arar? Pues déjame la mancera, y oye, que voy a cantar: II Labriego poco paciente: si crees que solo tu frente vierte copioso sudor, que sorbe innúmera gente, sal de tu error, labrador. Lo dice quien es tu hermano, quien canta tu lucha brava, lo dice quien por su mano siega la mies en verano y el huerto en invierno cava. ¿Qué sabes tú del tributo que el mundo al trabajo rinde, ni qué sabes de su fruto, si no has transpuesto la linde del terruño diminuto? Si el mundo aquel te impusiera yugos que impone al mejor, pensaras que tu mancera, si no es la más llevadera tampoco es la cruz mayor. Te quema el sol del estío, te azota el viento de enero y aguantas en el baldío los hálitos del rocío y el golpe del aguacero. Dura y perenne es la brega que pide riegos la vega, que pide rejas la arada, que pide gente la siega, que el huerto espera la azada. y es trabajoso el descuajo, y abrumador el destajo y a veces nulo el afán... ¡Y tal vez es el trabajo más duro que blando el pan! Todo es verdad, labrador; pero en esos horizontes, y en esas siembras en flor, y en estos alegres montes, ¿no hay nada consolador?. ¿Todo negro es tu destino? ¿Todo el vivir te envenena? ¿De abrojos horribles llena todo el árido camino? ¿Toda ingrata es la faena? ¿No sabes tú, labrador, que hay frente que el tiempo arruga escaldada en un sudor que sana brisa no enjuga

con soplo consolador? ¿Sabes que hay ojos que ciegan laborando en la penumbra, mientras los tuyos se entregan al piélago en que se anegan de la luz que nos alumbra? ¿Sabes qué ambientes malsanos, si no venenos letales marchitan pechos humanos con corazones leales del tuyo dignos hermanos, mientras tu pecho sanean, y equilibran tus sentidos, y tus sudores orean ricas brisas que pasean por estos campos floridos? ¿Quieres en un mundo verte con bravas agitaciones, con injurias de la suerte, con bárbaras tentaciones y duelos, sin sangre, a muerte? ¿Qué sirena engañadora hasta aquí a decirte llega que en la ciudad bullidora ni se reza, ni se llora, ni se sufre, ni se brega? ¿Qué espíritu engañador o torpe decirte quiso: «Llora y suda, labrador, que el mundo es un paraíso regado con tu sudor?» Fuera más útil y honrado decirte quién ha arrancado de las entrañas de un cerro este pedazo de hierro de la reja de tu arado. Decirte que hornos ardientes fundieron humanas frentes cuando este hierro ablandaron, y que en su masa cuajaron sudores de hermanas gentes. Ara tranquilo, labriego, y piensa que no tan ciego fue tu destino contigo, que el campo es un buen amigo y es dulce miel su sosiego, y es salud el puro día, y estas bregas son vigor, y este ambiente es armonía, y esta luz es alegría... ¡Ara y canta, labrador! La ciega

ILos ojazos más llenos de amores eran los de Rosa, que irradiaban envuelta en fulgores honda sed de vivir querenciosa. Yo no sé de las dos cuál sería pena más doliente: porque Rosa quedó ciega un día la dejó de querer su Vicente. No fue objeto el galán que olvidaba de extraños enojos, porque el mundo entendió que adoraba la negrura y la luz de unos ojos, y los soles que él viera tan francos al amor abiertos se quedaron inertes y blancos como siempre se quedan los muertos. Al rincón de lo inútil de casa sentóse la ciega a esperar una muerte que pasa si el dolor con la vida le ruega; que en dejar se complace sangrando y a medias su obra, el consuelo mejor alejando del rincón donde está lo que sobra. Y, en lugar de la muerte, entró un día una voz humana que en la calle de Rosa decía: «Pues Vicente se casa con Juana.» Y la ciega sintió más intensa la triste negrura, porque no hay nube negra más densa que una nube de horrible amargura. II -¡Hermanito! ¡Clemente! ¡Clemente! -¿qué quieres hermana? -Yo te juro que adoro a Vicente y que no quiero mal a la Juana... ¡Que me creas!... -Que sí te lo creo; Mas... deja esas cosas... -Yo te juro que no es mi deseo recrearme en venganzas odiosas... ¡Que me creas, Clemente! -Sí, hija; ¡si sé que eres buena! Pero no quiero yo que te aflija semejante recuerdo de pena. -No es venganza; mas óyeme, hijo: -¿Qué quieres, hermana? -Ven más cerca, más cerca... -Y le dijo-:

¡Que le saques los ojos a Juana!... El ramo IY ¿qué quieres, Sebastián? -Pues unos cantares, amo. -¿Para Luciana serán? -Son para cantarle el ramo de la noche de San Juan. -Bueno; pues di a Luciana que atienda y se ponga ufana si en la canción se conoce, y aquella noche, a las doce, le cantas a la ventana: «Te traigo un ramo de flores del huerto de mis amores para adornarte la reja; del huerto de mis mayores te traigo mieles de abeja; y amor y trabajo, unidos, cantando regalarán tus oídos en la noche de San Juan.» «¡Si tú supieras, Luciana, qué triste he pasado el día!... Fue tan larga la mañana, tan larga la tarde vana, que yo a las dos les decía: -Si no acabáis de esconderos, ¿cuándo su luz me darán los luceros de la noche de San Juan? «Me dice nuestro querer que aquel gozar de mañana más hondo que éste ha de ser... Perdone el Amor, Luciana, que no lo puedo creer. ¿Quién midió la dicha honda que inspira al pobre galán esta ronda de la noche de San Juan?» «Casta, cual noche de estío cual la hormiga, vividora; pura, cual puro rocío; risueña como la aurora...» ¡Así ha de ser, hijo mío!... Y se oían concertadas -olas que vienen y van- las tonadas de la noche de San Juan. «Antes que amores sintiera

cantaba yo el esquileo, cantaba la barbechera, la plácida sementera y el codicioso acarreo. Y nunca aprendí estos sones, porque no eran los del pan las canciones de la noche de San Juan.» «Tranquilo te vi crecer; mas no sé con qué ilusión te pude más tarde ver, que díjome el corazón: ¡Es la soñada mujer! Y a un lado viejos pensares, dime a aprender con afán los cantares de la noche de San Juan.» «Te dije triste y sincero: -¡Soy un pobre jornalero, pero te tengo un querer!... -También soy pobre y te quiero -me hubiste de responder-; y aquel año de alegrías ya cantó el pobre gañán melodías de la noche de San Juan.» «Si te pudiera pintar unas ansias de querer en que ahora me siento ahogar y unas ganas de llorar que tengo al amanecer... ¡Ay!, a encenderlas volvieras cuando apagándose van las hogueras de la noche de San Juan.» «Mas oye: vengan los días de nuevas felicidades y de nuevas alegrías. Si amor promete ambrosía, juremos fidelidades, que cuantos años vivamos las hojas revivirán de estos ramos de la noche de San Juan.» II -Pero ¿lloras, Sebastián? -Yo no sé qué es esto, amo... -Pues lágrimas que se van... ¡Sé muy bien lo que es el ramo de la noche de San Juan!... LA FLOR DEL ESPINO I

El padre es un tosco labriego fornido, áspero y velludo gigante broncíneo. ¡La madre, una hembra con hombrunos bríos, desgarradas formas, groseros aliños! ¡Y ved el misterio!... La niña ha nacido pequeñita y blanca como flor de espino. ¡La teta es tan grande como el angelito! Parecen el bronce y el mármol unidos. Me da mucha pena que aquel hociquillo tan tierno, tan puro, tan fresco, tan rico, toque el pezón negro el pechazo henchido. Y ¡siento una lástima y un miedo y un frío cuando el gigantesco labriego fornido coge en sus manazas aquel cuerpecito blanco como el mármol, tierno como un lirio! Como es tan pequeño, tan blando, tan fino, temo que las zarpas del león broncíneo lo hieran, lo quiebren... ¡Me da miedo y frío! Y luego, ¡qué ira cuando le hace mimos con aquellos dedos callosos y heridos y cuando le pone con brutal cariño los labiazos ásperos sobre el hociquillo, que parece un fresco clavel con rocío!... II ¡Eran aprensiones! Después lo he sabido. El pezón negruzco del pechazo henchido no mancha los labios de los angelitos. Es moreno y tosco, ¡pero está tan tibio!...

¡Tan tibia y tan pura derrama en hilillos la leche purísima del pechazo henchido, que ¡pobre de aquella flor blanca de espino sin ese venero de vida tan rico! ¡Por eso aquel ángel lo quiere tantísimo, que cuando se aparta, cansado y ahíto, del pezón moreno rebosante y tibio, lo mira y sonríe, le quiere hacer mimos, lo dobla y lo estruja con el hociquillo, lo coge y lo suelta, le da golpecitos, y poquito a poco se queda dormido de hartura y de gusto junto al calorcillo!... Ni aquellas manazas del padre sombrío lastiman al ángel... ¡Ya lo he comprendido! ¿Qué es lo que no torna süave el cariño? Cogerá a su hija como yo a mi hijo, quien dice su madre cuando se lo quito desnudo del halda para hacerle mimos: -¡Me da gusto verte levantar al niño, porque lo levantas lo mismo, lo mismo que los sacerdotes el cuerpo de Cristo! III Eran aprensiones, ¡ya lo he comprendido! Mas queda el enigma recóndito, vivo... El hombre es velloso, grosero, cetrino; la madre es hombruna de ceños sombríos; la débil niñita ¿por qué habrá nacido blanca como el mármol, tierna como el lirio? Pues es un misterio lo mismo, lo mismo, que el que nos ofrece la flor del espino...

¿POR QUÉ? Aquella flor anónima de pétalos iguales que sola está en el páramo de grises pizarrales, ¿por qué ha nacido allí? Y aquella moza rústica que a ser esclava aspira de aquel pastor selvático que, huraño y torvo, mira, ¿por qué lo adora así? ¿Por qué mete el cernícalo su nido en la hendidura y el colorín minúsculo lo guarda en la espesura del viejo carrascal? ¿Por qué las oropéndolas lo cuelgan del encino y aquellos otros pájaros sotiérranlo en el fino tapiz del arenal? ¿Por qué a la loba escuálida creó Naturaleza vecina de la tórtola que arrulla en la maleza la calma del cubil? ¿Por qué son hermosísimos los blancos recentales? ¿Por qué tan torvos y hórridos, por qué tan desleales la hiena y el reptil? ¿Por qué vivirá errático, sin nido, el necio cuco? ¿Por qué será el polícromo vistoso abejaruco tan áspero cantor? ¿Por qué de dulce música tesoro tal Dios guarda para el pardillo mísero, para la alondra parda y el pardo ruiseñor? ¿Por qué destila bálsamos el mísero cantueso que vive en las estériles calvicies de aquel teso paupérrimo vivir? ¿Por qué las pomposísimas peonías fastuosas producen esas fétidas grasientas grandes rosas de enfático vestir? ¿Por qué vierten las víboras

ponzoñas dañadoras? ¿Por qué las beneméritas abejas labradoras producen rica miel? ¿Por qué si bajan límpidas a un labio que sonría las gratas puras lágrimas que arrancan la alegría también saben a hiel? ¿Por qué?... Curioso espíritu, no quieras indagarlo, ni en tristes secas fórmulas pretendas encerrarlo si no quieres llorar. Misterios que sois únicos divinos bebederos de encantos sabrosísimos: ¡tocaros es perderos! ¡Viviros es gozar! Amor La muerte con sus soplos heladores apagó unos amores que fueron viva y rutilante llama; y la copa de hiel de mis dolores me hizo decir: «¡Feliz el que no ama!» Y huí cobardemente, vertiendo sangre de la abierta herida, en busca de un rincón -¡pobre demente!- donde no hubiera amor y hubiera vida. En un repliegue de la sierra brava la pobre choza del pastor estaba, y del rústico albergue en los umbrales una pobre mujer canturreaba dulcísimas tonadas guturales. Un angelillo humano que estatuilla de bronce parecía, fruto de sierra vigoroso y sano, escuchaba el salvaje canto llano de la ruda mujer, y se dormía... Y un hombre gigantesco, otra escultura de faz de bronce y de mirada dura, un solitario de la sierra brava, un hijo de los riscos, con traje de pellejo que exhalaba efluvios de varón y olor de apriscos, al niño, embebecido, contemplaba; y de sus ojos el mirar ceñudo, a medida que plácido se hundía en aquel idolillo hermoso y rudo, se iba quedando ante el amor desnudo y en caricia ideal se convertía... ¡Era un nido de amores la choza de los rústicos pastores! En la cumbre del páramo vacío

vi la fábrica ingente de un convento, y a acogerme corrí dentro el sombrío grandioso monumento. Y en las penumbras vanas de sus místicas cárceles oscuras, una legión de vírgenes humanas, blanca bandada de palomas puras, los ojos elevando a las alturas, que sus castas miradas atraían, con plañideras voces temblorosas cantaban y decían: -¡Jesús! ¡Jesús!... ¡Te adoran tus esposas! ¡Tus esposas te adoran!... -repetían. Crucé meditabundo la llanura monótona y desierta..., un pedazo de mundo donde la vida se imagina muerta. Era un silencio como el mar profundo, era un ambiente de infinita calma, era un dogal para la asfixia hecho, era una pena que mataba el alma, era una angustia que mataba el pecho. Solo en la lejanía un minúsculo punto se movía... tal vez un hombre que escapó al desierto, cobarde, como yo, y allí vivía porque todo en redor estaba muerto. Busqué su compañía, como un marido derrotado, el puerto; era un gañán que araba la tierra fértil de la gris llanura que yo me imaginaba páramo estéril, infecunda grava, polvo de sepultura... Y con una tristísima dulzura que convidaba a padecer dolores, vibró la voz del rudo campesino y este cantar de amores llevó la brisa hasta el lugar vecino: Te quiero más que a mi vida, más que a mi padre y mi madre, y si no fuera pecado, más que a la Virgen del Carmen. ¡Aquí no hablan de amor! -dije a las puertas del de los muertos olvidado asilo; y por sus calles frías y desiertas, triste vagué, pero vagué tranquilo. Y en losas sepulcrales, y en coronas, y en urnas funerales, y en criptas que guardaban los despojos de olvidados mortales. «¡Amor, amor, amor!», leían mis ojos, ¡Mentira! -dije, ¡Soledad y olvido! Los vivos, ¿dónde están? ¡Están viviendo!... Y de allá, del rincón más escondido, ¡trajo el aire un acento dolorido de humano pecho que se abrió gimiendo!, era una pobre anciana que tenía calentura de amor con desvarío

y ante un sepulcro frío, temblando de dolor, así decía: -¡No estás solo, hijo mío! ¡Te acompaña el dolor del alma mía! Pasé después por la gentil pradera y vi las dulces retozonas luchas del terreno precoz con la ternera; y en la fría corriente regadera vi los saltos nerviosos de las truchas, y rasando los prados amarillos, unidas vi volar dos mariposas, y de floridas zarzas espinosas, posados en los móviles arquillos, abiertos los piquillos y tendidas las alas temblorosas, volaban, sin volar, los pajarillos..., y las brisas errantes que pasaban en sus alas llevaban ritmos de vida, música de amores, aromas de salud, polen de flores... ¡Yo me embriagué! Las puertas del sentido y del alma las puertas, tomé a poner frente al vivir abiertas, llamé al amor y me entregué rendido. Y la sombra querida que en el sepulcro abandoné en mi huida, surgiendo luminosa, surgiendo agradecida, me dijo que el amor era la cosa más bella de la vida; me dijo que el amor era más fuerte, más grande que la muerte; me dijo que las almas que se adoran el roto lazo de su unión no lloran, porque el beso ideal de la constancia se lo dan a través de los abismos de la tumba, del tiempo y la distancia; me dijo que la vida en el desierto es cobarde vivir de un vivo muerto; me dijo que a lo largo del camino de un hondo amor a quien hirió el destino las penas son ternuras, las nostalgias del bien son poesía, las lágrimas tranquilas son dulzura, la soledad del alma es compañía... Y me dijo también: «La vida es bella, si en ella descubrieses, tras mi huella, la honda belleza de que está nutrida y me quieres amar.... ama la vida que a Dios y a mí nos amarás en ella.» Idilio La pulida paverilla -¡un capullo de amapola!- huelga con el paverillo en la linde de la hoja. La pavada anda buscando hormiguitas y langostas en los cercanos baldíos, que no tienen otra cosa.

Sentada está la pavera del lindón sobre la alfombra, y el pavero de rodillas, como adoran los que adoran. Ella ha juntado en el halda, donde los tallos les corta, un montón de bien cerrados capullitos de amapola. Sin romperlo, en sus dedillos uno coge cuidadosa y se lo muestra al muchacho preguntando: «¿Fraile o monja?» Y esperando se le queda ¡más picaresca y más mona!... El capullo será fraile si tiene rojas las hojas, pero si las tiene blancas, el capullo será monja. Y estático el paverillo, con ojazos interrogan, contempla el misterio, y duda, y se agita, y se emociona, y mira luego a la niña que lo apremia, que lo azora, y lleno del hondo pánico que presiente la derrota, se lanza a dar la respuesta como el que a morir se arroja. Y apenas ha dicho: «¡Fraile!» con la voz un poco ronca, rompe la niña el capullo y exclama entre risas: «¡Monja!» Y apenas ha dicho el niño: «¡Monja!», con voz temblorosa, «¡Fraile!», le grita riéndose la paverilla burlona... ¡Está más torpe el muchacho! ¡La niña tanto lo azora!... ¡Y luego, es tan misterioso un capullo de amapola!... ¡Como que yo no diría jamás ni fraile ni monja!... Elegía INo fue una reina de las de España, fue la alegría de una majada. Trece años cumple para la Pascua la cabrerilla de Casablanca. Su pobre madre sola la manda todas las tardes a la majada. Lleva ropilla, lleva viandas y trae jugosa

leche de cabras. Vuelve de noche, porque es muy larga, porque es muy dura la caminada para un asnillo que apenas anda. ¡Qué miedo lleva! Pero lo espanta con el sonido de sus tonadas. Canta con miedo, de miedo canta. ¡Son tan profundas las hondonadas y tan espesas todas las matas!... ¡Son tan horribles las noches malas, cuando errabundas aullando vagan lobas paridas por las cañadas con unos ojos como las brasas!... ¡Son tan medrosas las noches claras cuando en los charcos cantan las ranas, cuando los búhos ocultos graznan, cuando hacen sombra todas las matas y se menean todas las ramas!... Los viejos hombres de la majada la quieren mucho porque es tan guapa, porque es tan buena, porque es tan sabia. Pero a un despierto zagal de cabras, que cumple trece para la Pascua, no sé con ella lo que le pasa, que algunas veces, al contemplarla, se pone trémula su cara pálida y entre sus párpados tiemblan dos lágrimas... Nadie ha sabido que la regala dijes y cruces de Alcaravaca de bien pulido cuerno de cabra. Cuando ella viene con la vianda ¡le da más gusto!...

¡Le da más ansia, le da más pena, cuando se marcha!... ¡Como que toda la noche pasa llorando quedo sobre la manta sin que lo sepan en la majada! II ¡Ay pobre madre, cómo gritaba, despavorida, desmelenada! ¡Ay los cabreros cómo lloraban, apostrofando, ciegos de rabia! ¡Cómo corrían y golpeaban con los cayados peñas y matas! ¡Y eran muy pocas todas las lágrimas que de los ojos se derramaban! ¡Y eran pequeñas todas las ansias y las torturas de las entrañas! ¿Quién nunca ha visto desdicha tanta? ¡La cabrerilla de Casablanca por fieros lobos, ¡ay!, devorada! Sangre en las peñas, sangre en las matas, ¡la virgencita, desbaratada! ¡Toda en pedazos sobre la grava: los huesecitos que blanqueaban, la cabellera presa en las matas, rota en mechones y ensangrentada!... ¡Los zapatitos, las pobres sayas todas revueltas y desgarradas!... Loca la madre, qué miedo daba de ver los rayos de sus miradas, de oír los timbres de sus palabras, y el cabrerillo de la majada mudo y atónito tremiendo estaba

con los ojazos llenos de lágrimas, despavorido como zorzala de un aguilucho presa en las garras. ¿Cómo los árboles no se desgajan? ¿Cómo las peñas no se quebrantan, y no se enturbian las fuentes claras y no ennegrecen las noches blancas? Ya vienen hombres con unas andas, con unos paños, con una sábana; los despojitos en ella guardan y se los llevan a Casablanca. Y al cabrerillo nadie lo llama, pero él camina tras de las andas mirando a todos con la mirada de herido pájaro que en torno vaga de los verdugos que le arrebatan el dulce nido donde habitaba. ¡Ay virgencita de Casablanca! ¡Ay cabrerillo de la majada! III Su padre silba, su padre llama, porque el muchacho deja las cabras junto a las siembras abandonadas y en los jarales oculto pasa tardes enteras, largas mañanas... ¿Qué es lo que hace? ¿Por qué se guarda? Pues es que a solas las horas pasa, pule que pule, taja que taja, llora que llora, ciego de lágrimas..., que dos veneras finas prepara de bien pulido cuerno de cabra, porque una noche

quiere llevarlas al campo santo de Casablanca... LOS PASTORES DE MI ABUELO IHe dormido en la majada sobre un lecho de lentiscos embriagado por el vaho de los húmedos apriscos y arrullado por murmullos de mansísimo rumiar. He comido pan sabroso con entrañas de carnero que guisaron los pastores en blanquísimo caldero suspendido de las llares sobre el fuego del hogar. Y al arrullo soñoliento de monótonos hervores, he charlado largamente con los rústicos pastores y he buscado en sus sentires algo bello que decir... ¡Ya se han ido, ya se han ido! ¡Ya no encuentro en la comarca los pastores de mi abuelo, que era un viejo patriarca con pastores y vaqueros que rimaban el vivir! Se acabaron para siempre los selváticos juglares que alegraban las majadas con historias y cantares y romances peregrinos de muchísimo sabor. Para siempre se acabaron los ingenuos narradores de las trágicas leyendas de fantásticos amores y contiendas fabulosas de los hombres del honor. ¡Ya se han ido, ya se han ido! Los que habitan sus majadas, ya no riman, ya no cantan villancicos y tonadas y fantásticas leyendas que encantaban mi niñez. Han perdido los vigores y las vírgenes frescuras de los cuerpos y las almas que bebieron aguas puras de veneros naturales de exquisita limpidez. ¡Ya no riman, ya no cantan! Ya no piden al viajero que les cuente la leyenda del gentil aventurero, la princesa encarcelada y el enano encantador. Ya no piden aquel cuento de la azada y el tesoro, ni la historia fabulosa de la guerra con el moro, ni el romance tierno y bello de la Virgen y el pastor. ¡He dormido en la majada! Blasfemaban los pastores maldiciendo la fortuna de los amos y señores que habitaban los palacios de la mágica ciudad; y gruñían rencorosos como perros amarrados venteando los placeres y blandiendo los cayados que heredaron de otros hombres como cetros de la paz. II Yo quisiera que tomaran a mis chozas y casetas las estirpes patriarcales de selváticos poetas, tañedores montesinos de la gaita y el rabel, que mis campos empapaban en la intensa melodía de una música primera que en los senos se fundía de silencios transparentes, más sabrosos que la miel. Una música tan virgen como el aura de mis montes, tan serena como el cielo de sus amplios horizontes, tan ingenua como el alma del artista montaraz, tan sonora como el viento de las tardes abrileñas,

tan süave como el paso de las aguas ribereñas, tan tranquila como el curso de las horas de la paz. Una música fundida con balidos de corderos, con arrullos de palomas y mugidos de terneros, con chasquidos de la onda del vaquero silbador, con rodar de regatillos entre peñas y zarzales, con zumbidos de cencerros y cantares de zagales, ¡de precoces zagalillos que barruntan ya el amor! Una música que dice cómo suenan en los chozos las sentencias de los viejos y las risas de los mozos, y el silencio de las noches en la inmensa soledad, y el hervir de los calderos en las lumbres pavorosas, y el llover de los abismos en las noches tenebrosas, y el ladrar de los mastines en la densa oscuridad. Yo quisiera que la musa de la gente campesina no durmiese en las entrañas de la vieja hueca encina donde, herida por los tiempos, hosca y brava se encerró. Yo quisiera que las puntas de sus alas vigorosas nuevamente restallaran en las frentes tenebrosas de esta raza cuya sangre la codicia envenenó. Yo quisiera que encubriesen las zamarras de pellejo pechos fuertes con ingenuos corazones de oro viejo penetrados de la calma de la vida montaraz. Yo quisiera que en el culto de los montes abrevados, sacerdotes de los montes, ostentaran sus cayados como símbolos de un culto, como cetros de la paz. Yo quisiera que vagase por los rústicos asilos, no la casta fabulosa de fantásticos Batilos que jamás en las majadas de mis montes habitó, sino aquella casta de hombres vigorosos y severos, más leales que mastines, más sencillos que corderos, más esquivos que lobatos, ¡más poetas, ¡ay!, que yo! ¡Más poetas! Los que miran silenciosos hacia Oriente y saludan a la aurora con la estrofa balbuciente que derraman, sin saberlo, de la gaita pastoril, son los hijos naturales de la musa campesina que les dicta mansamente la tonada matutina con que sienten las auroras del sereno mes de abril. ¡Más poetas, más poetas! Los artistas inconscientes que se sientan por las tardes en las peñas eminentes y modulan sin quererlo, melancólico cantar, son las almas empapadas en la rica poesía melancólica y süave que destila la agonía dolorida y perezosa de la luz crepuscular. ¡Más poetas, más poetas! Los que riman sus sentires cuando dentro de las almas cristalizan en decires que en los senos de los campos se derraman sin querer, son los hijos elegidos que desnudos amamanta la pujanza brava musa que al oído solo canta las sinceras efusiones del dolor y del placer. ¡Más poetas! Los que viven la feliz monotonía sin frenéticos espasmos de placer y de alegría de los cuales las enfermas pobres almas van en pos, han saltado, sin saberlo, sobre todas las alturas y serenos van cantando por las plácidas llanuras de la vida humilde y fuerte que cantando va hacia Dios.

¡Que reviva, que rebulla por mis chozos y casetas la castiza vieja raza de selváticos poetas que la vida buena vieron y rimaron el vivir! ¡Que repueblen las campiñas de la clásica comarca los pastores y vaqueros de mi abuelo el patriarca que con ellos tuvo un día la fortuna de morir! TRADICIONAL El huerto que heredé de mis mayores no tiene bellas flores de efímero vivir ni tenues frondas; tiene hiedra sagrada de hojas perennes y raíces hondas; fresca niñez y ancianidad honrada. Una bíblica higuera lo llena todo con su copa oscura, y una fuente con rica regadera, que música me da, le da frescura. Lo poco que en el mundo me ha quedado lo tengo en este huerto, siempre al estruendo mundanal cerrado, siempre a la voz de mi sentir abierto. En medio está enclavado del árido desierto, triste vivienda de la grey humana que duda de la tierra prometida, cada vez más lejana, cada vez hacia Oriente más hundida... Yo, cuando el sol del arenal me ciega y en fuerza de mirar siento borrosa la visión luminosa donde parece que jamás se llega... Cuando el sudor anega mis doloridos empañados ojos, cuando me hieren los aceros fríos de punzantes abrojos, cuando me azotan los hermanos míos que me encuentro de frente en el desierto, vertiendo sangre a ríos y lágrimas a mares, torno al huerto. Mi padre se sentaba en esta piedra, que coronó de hiedra la mano santa de mi santa madre... Fue un altar al amor en roca dura con dosel de verdura, trono de patriarca con mi padre y urna de santa con mi madre pura. Ya está solo el edén. Todo es desierto. Detrás de mis santísimos ancianos saliendo han ido del sagrado huerto mis amantes dulcísimos hermanos... ¡Los he visto morir, y yo no he muerto! ¡Jamás he comprendido por qué Dios ha querido que el vástago más ruin y débil sea el último habitante de este nido. Querrá Dios encerrarme

tal vez para ganarme, porque en estas sagradas espesuras, donde pasos al cielo son los días, yo no puedo sentir cosas impuras, yo no puedo soñar cosas impías. He nacido en amenas, castizas y santísimas comarcas y corre por mis venas sangre de venerables patriarcas que me legaron enseñanzas buenas, huerto, escudo solar y oro en sus arcas. Mas, en mi estéril soledad hundido, Amor me ha visitado. Amor me ha herido, y hervor de sangre que mi cuerpo inunda dice que no he nacido para morir estéril junto al nido de una raza fecunda. Dondequiera que estés, mujer hermosa, predestinada esposa que merezcas posar aquí tu planta, que merezcas sentarte en esta piedra que coronó de hiedra la mano de una santa, ven al huerto querido, y a la sombra de Dios, Padre del mundo, pondremos cama nueva al viejo nido que mi sangre y mi Dios quieren fecundo. El cielo todavía no ha otorgado a mis ojos el consuelo de beber tu hermosura, ¡oh virgen mía!; pero te adoro en el azul del cielo, y en el tranquilo resbalar del día, y en el silencio de la noche oscura, y en la quietud del huerto sosegado, y en el recuerdo de la gente pura que me lo hizo sagrado. Te adoro en la memoria de aquella santa de sencilla historia que la tierra del huerto que he heredado santificó con su adorable planta y el dulce ambiente nos dejó inundado de perfumes de santa. Ven, casta virgen, al reclamo amigo de un alma de hombre que te espera ansiosa porque presiente que vendrán contigo el pudor de la virgen candorosa, la gravedad de la mujer cristiana, el casto amor de la leal esposa y el pecho maternal que juntos mana leche y amor para la prole sana que a Dios le place alegre y numerosa. ¡Dios que lo escuchas!, acelera el día, porque es tu sol incubador y hermoso, y la noche es estéril y sombría, la vida breve, el corazón fogoso, sensible el alma mía, soberano el Amor y fructuoso y Tú eres Padre del inmenso mundo e hijo yo soy del mundo vigoroso que te plugo crear grande y fecundo.

Alegra mi desierto con ruido de vivir cuyo concierto pueda sonarte a coro de angelillos... Ya ves que entre las hiedras encubierto hay un nido minúsculo en mi huerto con siete pajarillos... Amor de madre IAntes de que el poeta alce su canto a un santo amor a quien le debe tanto, dejad que el hijo que lo santo siente, comience haciendo, con respeto santo, la señal de la cruz sobre su frente. Siempre la sello con el signo eterno cuando al borde me inclino del mar inmenso del amor divino o del torrente del amor materno. La cuerda del laúd ruda y bravía, que los canta con mísera armonía, debiera ser el llamamiento muda, porque la mano que lo pulsa es mía, porque la cuerda que responde es ruda, y el salmo santo de las cosas santas debe bajar de alturas celestiales con letras de seráficas gargantas y acentos de laúdes edeniales. Por eso, cuando canto, con pálido decir y acento oscuro, el amor de aquel Dios, tres veces santo, o el de aquella mujer, tres veces puro...; cuando hallar he creído con mi canción el amoroso emblema y la recito de esperanza henchido, me desgarran el alma y el oído, las míseras estrofas del poema; rompo el laúd, que acompañó mi canto, y digo con la voz de la amargura: ¡Señor a quien soñé: Tú eres más santo! ¡Mujer de quien nací: tú eres más pura! II La he visto arrodillada junto a la cuna del enfermo hijo, fija en el ángel la febril mirada y en Dios clemente el pensamiento fijo. La carita de nácar y de rosa era un montón de podredumbre horrendo, que la zarpa asquerosa de horrible enfermedad iba pudriendo. Pero la mano valerosa y fuerte de la amorosa madre dolorida daba un toque de vida sobre cada mordisco de la muerte; y aquella ardiente boca de la sublime enamorada loca, que respiraba lumbre

de amorosa materna calentura, besaba la espantosa podredumbre con locos arrebatos de ternura... Sudor vertiendo y devorando hieles, yo la vi resignada al yugo de las bregas más crueles como una res atada. La vi en el crudo y frío, turbio y callado amanecer de enero, yerta junto al helado lavadero en las gélidas márgenes del río. Hacia el bosque sombrío la vi subir por los barrancos rojos; la vi bajar de las agrestes faldas, desgarrando sus plantas los abrojos, desgarrando la leña sus espaldas... Y en la espinosa vía que sube y baja de las agrias crestas, yo la he visto caer, como caía Cristo divino con la cruz a cuestas. Yo la he visto dejar su pobre casa cuando julio cruel ciega los ojos, bruñe los cielos y la tierra abrasa, y en los ardientes áridos rastrojos disputando su presa a las hormigas, yo la he visto buscar unas espigas perdidas entre sábanas de abrojos. Yo la he visto cargada, camino de la vega, con la azada, delante de un verdugo que a la humana legión desheredada disputaba a pellizcos un mendrugo, y en el hijito el pensamiento fijo, iba la mártir amarrada al yugo, pues solo de su sangre con el jugo la mártir amasaba el pan del hijo. Yo la he visto bajar a los fangales donde el hijo infeliz se revolcaba donde las alas de su amor manchaba con el lobo de amores criminales. Era una noche brava, sin luz y fría como el alma loca de aquel hijo perdido, que al antro infame a derramar ha ido baba de impío de la torpe boca, fango de amor del corazón podrido, una noche de aquellas en que, al verse tal vez más ofendido, vela Dios las estrellas, y no le queda al hombre otra luz que el fulgor de las centellas y el de la fe en el nombre del Dios que vibra justiciero en ellas Noches para el hogar, que nadie sabe si en una de ellas estará dispuesto que el mundo frágil espantado acabe, y del naufragio en el momento grave, el que no esté en su hogar no está en su puesto. Y en una de esas de terrores llenas, noches que zumban como el mar airado el látigo de acero de las penas echó a la madre de su hogar honrado. Al hijo desmandado

iba a llamar con doloroso acento al antro tenebroso donde, hambriento, encueva sus miserias el pecado. Detúvose a la puerta, muerta de angustias y de espanto muerta; zumbaba loca la feroz orgía, botaba la borrasca en las alturas, y otra más brava, sin rugir, vertía sobre el alma turbiones de amarguras. El coro de las bestias blasfemaba, vibraba el antro, el huracán rugía. Dios relampagueaba y la vieja infeliz se estremecía. Estaba oyendo en el feroz concierto del hondo lupanar, negro y abierto, la loca voz del réprobo querido... ¡Fuera menos dolor llorarlo muerto que llorarlo perdido! Y, acurrucada en la calleja oscura, como una pordiosera, transida de dolor con calentura, con frío de terror y faz de cera, parecía, velando en la negrura, la muda estatua del amor que espera la santa redención de un alma impura. Salieron de repente del tenebroso lupanar rugiente dos hombres ebrios, de mirada loca, que en la calle pararon frente a frente, la blasfemia en la boca y en la mano el cuchillo reluciente... Una sola embestida, un opaco rugido maldiciente, el estruendo mortal de una caída y un sordo surtidor de sangre hirviente brotando por la boca de una herida... Y otro grito vibrante, plañidero, feroz, dilacerante, del pecho débil de la madre fuerte, detuvo al asesino en el instante del blandir otra vez el humeante fino puñal sobre el rival inerte. Antes ebrio de vino, antes ebrio de rabia vengadora, y ebrio de sangre ahora, el bárbaro asesino, con la más espantosa de las sañas alza el puñal que ensangrentado oprime y lo hunde en las entrañas llenas de amor de la mujer sublime, y al caer la heroína sobre el hijo, que en el charco de sangre agonizaba, «¡Hijo del alma!», dijo con voz de mártir que a perdón sonaba. La sangre de la débil ancianita, cayendo sobre el pecho palpitante del hijo agonizante, como lluvia bendita, corrió caliente hacia la herida abierta, y el rojo raudalillo desatado que abierta halló del corazón la puerta, inundó el corazón del hijo amado.

Las pupilas cuajadas de la víctima inerte, cargadas de dolor, de amor cargadas, hundieron en el cielo sus miradas. ¡Y en él hundidas las dejó la muerte! Brillaban las estrellas cual topacios en el húmedo azul de los espacios, que el soplo del Señor limpió de nubes, la borrasca pasó, reinó la calma, y, en su augusto callar, oyó mi alma que una gentil tropilla de querubes ante las puertas de oro del alcázar de Dios, cantaba a coro: «¡Señor, Señor! En el humano suelo de tu amor una chispa aun ha quedado que el alma de una madre trae al cielo la de un hijo infeliz regenerado!...» Más sublime te he visto cuando salvas, ¡oh amor!, que cuando creas. ¡Tú sabes ser como el amor de Cristo, pues sabes redimir! ¡Bendito seas! DOS PAISAJES IDos paisajes: el uno soñado y el otro vivido. ¡Cuán amarga, sin sueños, me fuera la vida que vivo! . . . . . Era un trozo de tierra jurdana con una alquería; era un trozo de mundo sin ruido, de mundo sin vida. Era un campo tan solo, tan solo como un cementerio, donde más hondamente se sienten los hondos silencios. Madroñeras, lentiscos y jaras helechos y piedras, madreselvas, zarzales y brezos, retamas escuetas... ¡La maraña revuelta y estéril que viste los campos cuando no los fecundan y riegan sudores humanos! No tenían trigales las lomas, ni huertos las vegas, ni sotillos las frescas umbrías, ni árboles la sierra... No tenían las rudas labores cantores humanos, ni el sabroso caer de las tardes

cantores alados. No tenían ni puente el riachuelo, ni torre la aldea, ni alegría de vida sus grises hórridas viviendas. A sus puertas holgaban desnudos niñitos hambrientos, devorando sopores de muerte de alma y del cuerpo. Y unas ruines mujeres traían de pueblos lejanos miserables mendrugos mohosos envueltos en trapos... Y unos hombres huraños y entecos la tierra arañaban como ruines raposos sin presa que el páramo escarban. Y una sorda quietud imponente, grabándolo todo, sobre el muerto vivir descargaba su losa de plomo... II Era un trozo de tierra jurdana con una alquería; era un trozo de mundo vibrante, de ruidos de vida. Era un campo de flores y frutos, con hombres y pájaros, con caricias de sol y aguas puras, de limpios regatos. Olivares azules que escalan alegres laderas; huertecillos con frutas de oro que engríen las vegas. Recortados, pequeños trigales; minúsculos prados, alamedas pomposas y viñas, sotos de castaños... Y la sierra gentil, más arriba, perdiendo asperezas... ¡sonriendo a medida que sube la vida por ella! Colmenares que zumban y labran, palomares blancos, majadillas que alegran las cuestas, sonoros rebaños... Carboneras humosas que fingen pequeños volcanes; leñadores que cortan y cantan, que llevan y traen... ¡La visión de los campos incultos

qué ricos se tornan si los baña del sol del trabajo la luz creadora! Y tenía ya puente el riachuelo, y torre la aldea, y alegría de vida sus blancas y sanas viviendas. Y del útil saber en un templo limpio y diminuto, y en el templo más grande y más sabio del campo fecundo, bando alegre de niños que un hombre discreto guiaba, la salud y la vida bebían del cuerpo y del alma. Y unas madres con leche en sus pechos y luz en la mente, y en las caras morenas, dulzuras y risas alegres, amasaban el pan de los suyos, rezaban, bullían, gobernaban la casa cantando, ¡cantando la vida! Y unos hombres briosos y cultos labraban los campos con la sana alegría que infunden la paz y el trabajo. Y flotaba en los aires el ritmo gigante y oscuro con que alienta la tierra fecunda preñada de frutos. . . . . ¡Dos paisajes! El uno soñado y el otro vivido. Del vivir al soñar, ¿hay distancia? ¡Pues amor cegará tal abismo! LA JURDANA IEra un día crudo y turbio de febrero que las sierras azotaba con el látigo iracundo de los vientos y las aguas... Unos vientos que pasaban restallando las silbantes finas alas... Unos turbios, desatados aguaceros, cuyas gotas aceradas descendían de los cielos como flechas y corrían por la tierra como lágrimas. Como bajan de las sierras tenebrosas las famélicas hambrientas alimañas, por la cuesta del serrucho va bajando la paupérrima jurdana... Lleva el frío de las fiebres en los huesos,

lleva el frío de las penas en el alma, lleva el pecho hacia la tierra, lleva el hijo a las espaldas... Viene sola, como flaca loba joven por el látigo del hambre flagelada, con la fiebre de sus hambres en los ojos, con la angustia de sus hambres en la entraña. Es la imagen del serrucho solitario de misérrimos lentiscos y pizarras; es el símbolo del barro empedernido de los álveos de las fuentes agotadas... Ni sus venas tienen fuego, ni su carne tiene savia, ni sus pechos tienen leche, ni sus ojos tienen lágrimas... Ha dejado la morada nauseabunda donde encueva sus tristezas y sus sarnas, donde roe los mendrugos indigestos, de dureza despiadada, cuando torna de la vida vagabunda con el hijo y los mendrugos a la espalda, y ahora viene, y ahora viene de sus sierras a pedirnos a las gentes sin entrañas el mendrugo que arrojamos a la calle si a la puerta no lo pide la jurdana. II ¡Pobre niño! ¡Pobre niño! Tú no ríes, tú no juegas, tú no hablas, porque nunca tu hociquillo codicioso nutridora leche mama de la teta flaca y fría, álveo enjuto de la fuente ya agotada. Te verías, si te vieras, el más pobre de los seres de la tierra solitaria. No envidiaras solamente al pajarillo que en el nido duerme inerte con la carga de alimentos regalados que calientan sus entrañas, envidiaras del famélico lobezno los festines que la loba le depara, si en la noche tormentosa con fortuna da el asalto a los rediles de las cabras... Estos días que en la sierra se embravecen, por la sierra nadie vaga... Toda cría se repliega en las honduras de cubiles o cabañas, de calientes blandos nidos o de enjutas oquedades subterráneas. Tú solito, que eres hijo de un humano maridaje del instinto y la desgracia, vas a espaldas de tu madre recibiendo las crüeles restallantes bofetadas de las alas de los ábregos revueltos que chorrean gotas de agua. Tú solito vas errante con el sello de tus hambres en la cara, con tus fríos en los tuétanos del cuerpo, con tus nieblas en la mente aletargada que reposa en los abismos de una negra noche larga, sin anuncios de alboradas en los ojos, orientales horizontes de las almas

III Por la cuesta del serrucho pizarroso va bajando la paupérrima jurdana con miserias en el alma y en el cuerpo, con el hijo medio imbécil a la espalda... Yo les pido dos limosnas para ellos a los hijos de mi patria: ¡Pan de trigo para el hambre de sus cuerpos! ¡Pan de ideas para el hambre de sus almas! Nocturno montañés (A J. Neira Cancela) El oro del crepúsculo se va tomando plata, y detrás de los abismos que limita con perfiles ondulantes la montaña, va acostándose la tarde fatigosa precursora de una virgen noche cálida, una noche de opulencias enervantes y de místicas ternuras abismáticas, una noche de lujurias en la tierra por alientos de los cielos depuradas, una noche de deleites del sentido depurado por los ósculos del alma... A ocaso baja el día rodando en oleadas y los ruidos de los hombres y las aves, a medida que el crepúsculo se apaga, va cayendo mansamente en el abismo del silencio que de música empapa. Las penumbras de los valles misteriosos van en ondas esfumando las gargantas, van en ondas esfumando las colinas, van en ondas escalando las montañas; y el errático murciélago nervioso raudo cruza, raudo sube, raudo baja, con revuelo laberíntico rayando las purezas del crepúsculo de plata. Con regio andar solemne la noche se adelanta, y en el lienzo de los cielos infinitos, y en las selvas de las tierras perfumadas, van surgiendo las estrellas titilantes, van surgiendo las luciérnagas fantásticas. Lentamente, como alientos misteriosos, de los senos de los bosques se levantan brisas frescas que estremecen el paisaje con el roce de las puntas de sus alas, preludiando rumorosas en las frondas las nocturnas melancólicas tonadas, la que vibran los pinares resinosos, la que zumban las robledas solitarias, la que hojean los maizales susurrantes, la que arrullan las olientes pomaradas... y aquella más poética que suena en las entrañas, la que viene sin saber de donde viene, la que suena sin sonoras asonancias, ¡la que arranca la divina poesía de las fibras más vibrantes de las almas!

De los coros rumorosos de la noche, de los senos de las flores fecundadas, al sentido vienen músicas que engríen, al sentido vienen poemas que embriagan.... es la hora de los grandes embelesos, es la hora de las dulces remembranzas, es la hora de los éxtasis sabrosos que aproximan la visión paradisíaca, es la hora de los cálidos amores de los hijos, de la esposa y de la Patria... ¡El momento más fecundo de la carne y el momento más fecundo de las almas! Tendido en lecho húmedo de hierbas aromáticas, he bebido la ambrosía de la noche sobre el lomo de la céltica montaña. Más arriba, los luceros de diamantes; más arriba, las estrellas plateadas; más arriba, las inmensas nebulosas infinitas, melancólicas, arcanas...; más arriba, Dios y el éter...; más arriba, Dios a solas en la gloria con las almas.... ¡con las almas de los buenos que la tierra fecundaron con regueros de sus lágrimas! Más abajo, las robledas sonorosas; más abajo las luciérnagas fantásticas; más abajo, los dormidos caseríos; más abajo, las riberas arrulladas por el coro de bichuelos estivales, por el himno ronco y fresco de las aguas, por el sordo rebullir de los silencios que parece el alentar de las montañas... Los hombres todos duermen, las horas solas pasan, y ahora, salen mis secretos sentimientos del encierro perennal de mis entrañas, y ahora salen mis recónditas ideas a esparcirse en las regiones dilatadas donde el choque con los hombres no las hiere, donde el roce con los fangos no las mancha, donde juegan, donde ríen, donde lloran, donde sienten, donde estudian, donde aman... Ellas pueblan los abismos de los cielos y en efluvios sutilísimos se bañan, ellas oyen el silencio de los mundos, ellas miden sus grandezas soberanas, ellas suben y temblando se aproximan a las puertas diamantinas de un alcázar, y algo entienden de una música distante que estremece, que embelesa, que embriaga, y algo sienten de una atmósfera sin peso que parece delicioso lecho de almas... ¡Oh nostalgias del espíritu que ha visto los linderos aún sellados de su patria! ¡Oh grandezas de las noches religiosas que aproximan las divinas lontananzas! Se asoma blanca y tímida la dulce madrugada; palidecen las estrellas del Oriente y se enfrían los alientos de las auras, se recogen los misterios de la noche,

las luciérnagas suavísimas se apagan y los libres sueños amplios de mi mente se repliegan en la cárcel de mi alma... Y honda y queda en sus arrullos iniciales, y habladora cuando el mundo se levanta, y opulenta en las severas plenitudes de su música de oro y rica casta, se derrama por los campos la canción de la mañana. Sortilegio Una noche de sibilas y de brujos y de gnomos y de trasgos y de magas; una noche de sortílegas diabólicas; una noche de perversas quirománticas, y de todos los espasmos, y de todas las eclampsias y de horribles hechiceras epilépticas, y de infames agoreras enigmáticas; una noche de macabros aquelarres, y de horrendas infernales algaradas y de pactos, y de ritos, y de oráculos y de todas las diabólicas vesanias, por horrendos peñascales que blanquean, a los rayos de una enferma luna pálida, con la fiebre de la hembra, la celosa, va delante de la vieja nigromántica. Como sombras del abismo se detienen a la orilla de rugiente catarata. Es la hora de los ritos, es la hora de las cábalas, es la hora del horrible sortilegio, es la hora del conjuro de las aguas. La sortílega se inclina sobre ellas; la celosa la contempla muda y pálida. ¡No está Dios en la celosa, no está Dios en la sortílega satánica! Sobre el lecho de las aguas espumantes la agorera traza el signo de la cábala murmurando la diabólica salmodia con horrendas, con sacrílegas palabras: ¡Aah!... en las nieblas... ¡Aah!... en la espuma ¡Aah!... en los aires... ¡Aah!... en las aguas... ¡Aah!... en las brumas... ¡Aah!... en el tiempo. ¡Surge pronto!... ¡Surge y habla! La agorera se detuvo contemplando la corriente de la linfa como estática. -¿No veis nada? -murmuraba la celosa. -¡No veo nada!... ¡No veo nada!... ¡Aah!... en las nieblas... ¡Aah!... en la espuma ¡Aah!... en los aires... ¡Aah!... en las aguas... Y quedóse de repente muda y quieta la espantosa nigromántica, -¿No veis nada? -murmuraba la celosa con la fiebre de la hembra en la mirada-. ¿No veis nada? -repetía. -Sí..., ya veo..., Espera..., calla...

Una joven en un lecho suspirando por el hombre a quien espera enamorada. ¡Oh, qué hermosa!... Tiene el seno descubierto. -¿Y sabéis cómo se llama? -Pues se llama... ¡Aah!... en las nieblas... ¡Aah!... en la espuma. ¡Aah!... su nombre... ¡Mariana! La celosa dio un gemido horripilante, -sigue viendo..., sigue viendo... -murmuraba. Ahora un hombre enamorado se le acerca... Ella lo llama... -¿Con qué nombre? -No lo entiendo. -¿Con qué nombre? -Espera y calla. ¡Aah!... en las nieblas... ¡Aah!... en la espuma. ¡Aah!... en los aires... ¡Aah!... en las aguas... Con el nombre de Fernando lo ha llamado, y él la dice que la ama... -¡Que la ama!... La celosa llenó el aire con los timbres de una horrenda desgarrante carcajada y acercándose a los bordes del abismo se arrojó tras el infierno de las aguas. Que las brujas la llevaron una noche las comadres de la aldea murmuraban, y era cierto... y era cierto ¡Que lo dijo la perversa nigromántica! Las canciones de la noche IUna noche rumorosa y palpitante de húmedas aromáticas cargada; una noche más hermosa que aquel día que nació con un crepúsculo de nácar, y medió con un incendio del espacio y expiró con un ocaso de oro y grana... Una tibia clara noche melodiosa, impregnada de dulzuras elegíacas que caían mansamente de los cielos en los rayos de la dulce luna blanca, por el seno de los montes triste y solo yo vagaba con el alma más vacía que el abismo de la nada. Y los coros rumorosos de la noche con su música de oro me cantaban la canción de la tristeza de la almas solitarias. Yo era un hongo de los valles de la vida, yo el cadáver de mi raza yo una sombra que pasaba por el mundo sin dejarle ni la huella de mis plantas, ni los trozos de mi carne redivivos, ni la imagen de mi alma en otras almas, ni los nidos de mis goces, ni los charcos de mis lágrimas...

Yo era sombra, yo era muerte, yo era estéril movimiento sin sustancia... y por eso los rumores musicales de la noche misteriosa me cantaban la canción de la tristeza, ruin idioma de las almas solitarias. II Otra noche, tan hermosa como aquella, de armonía y de aromas empapada; otra pura, casta noche, rutilante, presidida por solemne luna diáfana que inundaba los espacios infinitos con el polvo de su mansa luz fantástica, triste y solo, como siempre, por el seno de los montes yo vagaba, y la puerta de la choza de un cabrero se empaparon mis pupilas fatigadas en la mística visión de un niño hermoso que dormido y solo estaba sobre una cama de hierbas que tiñó agosto de plata. ¡Oh, qué hermoso, qué sereno, qué divino! Era el ángel, era el alma de la choza miserable de la choza solitaria. ¡No era mío, no era mío!, era el beso de las almas que se enlazan. ¡Era el premio merecido por los seres que se aman! ¡Cuánto diera por tocarle aquella frente y besarle la carita sonrosada! ¡Qué tranquilo! Los rumores de los montes con magnífica armonía le arrullaban, y las brisas de la noche misteriosa le tocaban con la punta de las alas, y los rayos amorosos de la luna le caían como besos en la cara. Yo me puse de rodillas ante el ángel de la choza solitaria cual sediento caminante que se inclina sobre el agua, y al amado, como hambriento ladronzuelo que a unos pobres la limosna les robara, puse el beso más sublime de mi vida sobre aquella frente blanca. ¡No era mío, no era mío!, pero el beso me quemaba en las entrañas, y la noche se me puso más hermosa, con el ritmo de la vida la canción de la esperanza. ¡Yo sentía, yo vivía, yo quería, yo esperaba! Si tuviera el cuerpo herido, si tuviera muerta el alma, no sintiera ni los besos de la vida ni el placer de derramarla... ¡Dios que creas! ¡Dame dichas como aquellas de la choza solitaria! Y los coros musicales de la noche no callaban, no callaban, no callaban...

III Y otra noche, de seguro tan hermosa como aquellas ideales noches blancas, arrulladas por el ritmo de los mundos y pobladas de los sueños de las almas, a la puerta de la choza miserable del cabrero cuya dicha yo envidiaba, se quedaron medio ciegas mis pupilas espantadas; muerto estaba el pobre ángel de la choza solitaria, y su madre estaba loca, y su padre mudo estaba, y los rayos elegíacos de la luna le caían amorosos en la cara, su carita transparente, que era blanca, que era blanca como el ala de los cisnes del estanque como el campo de la nieve inmaculada, como el seno de las vírgenes, como el mármol de las tumbas y las aras. Yo me puse de rodillas ante al ángel, e inclinando la cabeza atormentada, como víctima medrosa y dolorida que presenta el cuello al hacha, puse el beso más amargo de mi boca sobre aquella frente blanca dura y fría como el mármol de las rígidas estatuas funerarias. Yo sentí de repente se me helaron las entrañas. Era el frío del terror a lo futuro quien me dio la puñalada; era el miedo a los dolores infinitos que los padres de aquel ángel destrozaban... Y gemí como un cobarde, y gocé como un perverso sin entrañas con la muerte repentina de mi última esperanza, que dejaba conjurados los peligros que mi instinto de cobarde presagiaba. ¡Fuga estéril! ¡Tú iniciaste el principio del reguero de mis lágrimas! Todo el pecho de aquel ancho cielo plúmbeo gravitó sobre mi alma, y dejómela el delito como antes, más vacía que el abismo de la nada. Y le dije a la armonía de la noche: «No me cantes la canción de la esperanza: canta el himno del dolor inapelable, que es la carga ineludible de mi alma.» En la majada (Coro de vaqueros) VAQUEROS La alborada, la alborada, la alborada va a venir. No se puede con el frío de la helada

dormir. ¡No se puede dormir! Se mete hasta los tuétanos el húmedo relente y el filo del carámbano parece que se siente por la carne dolorida penetrar. Se hielan en los párpados las gotas de rocío, las mantas empandéranse y no quitan el frío; este frío que nos hace tiritar. MAYORAL ¡Arriba, muchachos! ¡Que va a amanecer y al chozo hoy los amos nos vienen a ver! VAQUEROS La alborada, la alborada por allí despuntará. Ya la luna, melancólica, borrada, se va; ¡ya la luna se va! Pusiéronse ya pálidos el carro y las cabrillas; ya cantan en los árboles las tontas abubillas la temprana monorrítmica canción. Calláronse los cárabos, y braman los becerros; las vacas, levantándose, sacuden los cencerros, que resuenan como notas de un bordón. ¡Tolón! ¡Tolón! ¡Tolón! ¡Tolón! MAYORAL ¡Aprisa, muchachos que va a clarear, y ya están las vacas queriendo marchar! VAQUEROS La alborada, la alborada por allí ya despuntó. Su venida la alegría en la majada vertió. ¡La alegría vertió! Las vacas, relamiéndolos, sus chotos amamantan; allá en las vegas húmedas, las nieblas se levantan y transponen de las cúspides a ras; la escarcha de los árboles el sol va derritiendo, y al suelo en puras lágrimas, deshechas van cayendo con monótono dulcísimo compás. ¡Tas! ¡Tas! ¡Tas! ¡Tas!

Y a la vaca más lechera, que llamándonos espera, desde que al choto se acercó asaltamos de costado, el becerro por un lado, por el otro lado, yo. Y espumosa, mantecosa, bienoliente, sabrosa, bullente, jugosa, caliente, cual finísimo riel de la ubre va fluyendo y en la cuerna va cayendo espumando, chispeando, humeando, leche dulce como miel... La presea IAl señor de Salvatierra, don Diego Alvar de León, mancebo en la paz prudente como en guerra lidiador, requiere con estas letras, que honor de sangre dictó, la que es hija bien nacida del señor de Monleón: «De aquella ciudad de Baza que el moro ha tiempo ocupó asaz tristes nuevas vienen para el castellano honor, que así puro siempre ha sido como la llama del sol. Cabe aquellos fuertes muros que en vano abatir trató la nuestra aguerrida hueste con asaltos de león, defiéndese la morisca tal como tigre feroz que entre las garras oprime la corza que aprisionó. El nuestro rey Don Fernando, el grande, el conquistador, el que la cruz lleva enhiesta sobre el morado pendón, desde Medina del Campo para Jaén se partió con la nuestra amada reina, la de noble corazón; y haciendo alarde de gente que el llamamiento acudió, allega al cerco de Baza gente de cuenta y valor que no es bien que aquella joya

desde solar español cautiva en manos de infieles Castilla la pierda y Dios. Yo vos requiero por ésta, don Diego Alvar de León, porque siendo vos tan caro como decís el mi amor, a los sus requerimientos esquivo no seréis vos. Y ya que al mi amor queréis que le ponga precio yo, deciros he, buen mancebo, que vale más su valor que la vuestra Salvatierra y el mi fuerte Monleón; que vale un joyel que quiero en mis bodas lucir yo, hecho de piedras preciosas que arranque vuestro valor del puño del rico alfanje de algún árabe feroz de aquellos que en Baza fincan con mengua del nuestro honor. Esto tan solo vos digo, don Diego Alvar de León: En Baza está la presea, y en el mi castillo, yo.» Así doña Luz, la hija del señor de Monleón, escribe y manda sus letras con un jinete veloz al señor de Salvatierra, que arde por ella en amor. II Por los campos castellanos, cargada de majestad, pasando va dulcemente la tarde primaveral; una tarde tibia y pura que infunde al ánimo paz con los amables silencios de su dulce resbalar, con las tristezas que embeben y las tristezas que dan los montes rubios teñidos en oro crepuscular. Allá por aquel camino que viene del Endrinal y va a las fuertes murallas de Monleón a rasar, cabalgan a media rienda con apostura marcial hasta cuarenta lanceros formando apretado haz, cuyo avanzar vigoroso la tierra hace trepidar. Al frente del haz guerrero cabalga firme y audaz el señor de Salvatierra

sobre alterado alazán de rica sangre española tan fiera como leal, negras pupilas de toro, que radian ferocidad, eréctil musculatura que treme al manotear, relincho de agudo timbre, clarín de guerra en la paz, crines blondas que lo ciegan, curvas que gracia le dan, casco duro, piel nerviosa y amplia traza escultural; con un alentar de fuego como hálito de volcán, con un marchar armonioso que encanto a los ojos da, con un galopar hermano del más veloz huracán. Cabe los muros se paran de la mansión señorial, dorada con oro viejo del cielo crepuscular. Alza don Diego los ojos, que avaros de luz están, y déjalos casi ciegos la luz de aquella beldad. Tal como imagen hermosa compuesta en dorado altar, en un ajimez dorado la hermosa doncella está. -¡En Baza está la presea! -gritó la dama al galán. Y así contestó el mancebo: -¡Y en Baza mi honor está! Y saludando rendido, con apostura marcial, al frente de sus lanceros, partió el gentil capitán. Cerró el ajimez la dama y el sol ocultó su faz.... y como todo oscurece cuando los soles se van, sobre el alma del guerrero cayó una noche ideal, y sobre el campo tranquilo cayó una noche de paz... ¡Plegue a Dios que dos auroras las tomen pronto a ahuyentar! III Es sangrienta la defensa, sangriento el asalto es, que están adentro los tigres de ágil cuerpo y alma infiel, y afuera están los leones que asaltan con altivez; y adentro batirse saben, y afuera saben vencer; y a aquellos la rabia enciende, y a apuestos la intrepidez...

¡Hermosa ciudad de Baza: caro tu rescate es! Acosados una tarde por nuestro ejército fiel, salieron los defensores a sucumbir o a vencer, ardiendo en rabia de locos, ardiendo en sangrienta sed. Ante los mismos reales se traba el combate aquel en que el oído ensordece, los turbios ojos no ven, y la cólera es demencia, y es el ardor embriaguez, y es la sangre lava roja que quema hasta enloquecer, y es un rayo cada ataque, y un bloque cada hombre es, y el herir es siempre hondo y es mortal siempre el caer... Espanto pone a los ojos y el alma pena cruel ver tantos mozos gentiles en tierra muertos yacer; tantos nobles caballeros, dechados de intrepidez, luchando tan mal heridos que pronto habrán de caer, cristianos, por Dios muriendo; y españoles, por el rey; caballeros, por su dama; guerreros, por honra y prez. ¡Morir de muerte gloriosa nacer en la Historia es! En lo recio de la lucha combate un moro cruel, que por sus ricos arreos y su bravura también, capitán el más famoso de los de Baza ha de ser. Al punto viole don Diego, y así se dirige a él, como león que de pronto la presa buscando ve. Correr el moro lo ha visto y entre su gente romper, así como si rompiera por bosques de frágil mies. Tal como los bravos toros que antes del duelo cruel de hito en hito se contemplan con ojos que apenas ven, y como nubes preñadas, de rayos chocan después, así los dos capitanes viniéronse a acometer, astillas hechas dejando las lanzas bajo sus pies y mal por don Diego herido del brazo moro el corcel.

Alfanje y espada vibran sobre crujidos de arnés, truenos estos de la nube y aquellos rayo cruel, combate don Diego herido y herido el moro también, y éste no quiere rendirse, y aquél no sabe ceder, y muertos ya los caballos, prosigue la lucha a pie. De pronto el bravo don Diego, cual si en su mente al caer alguna amante memoria doblara su intrepidez, así como un torbellino de incontrastable poder cayó sobre el bravo moro, que herido rodó a sus pies gimiendo: «¡Noble cristiano! ¡Solo es vencer tu vencer! ¡Toma el alfanje de un hombre vencido sólo una vez!» IV Sobre las torres de Baza que alumbra radiante el sol, tremola al beso del viento nuestro morado pendón. En un salón del castillo donde el rey lo aposentó, cabe el rey está expirando don Diego Alvar de León de las sangrientas heridas que en el combate ganó. El rey ha escrito una carta que don Diego le dictó, y con estas sus palabras entrégala a un servidor: «A los lanceros que trajo don Diego Alvar de León dais este alfanje, que todos custodiarán con amor, y estas letras, y que cumplan lo que en ellas se ordenó.» Y una tarde, una doliente tarde de invierno, sin sol, oscura como el que llevan de luto enhiesto pendón, aquellos veinte lanceros que de Baza el rey mandó llegando van al famoso castillo de Monleón. Desde un ajimez, al verlos la dama que le cerró la tarde aquella de mayo que tuvo radiante sol, al interior del castillo llorando se retiró, y al poco rato, enlutada, del castillo en un salón,

una joya y estas letras de sus manos recogió: «A doña Luz de Mendoza, el mi más amable amor, desde el castillo de Baza, que ya la Cruz coronó, por la misma mano escrita de nuestro rey y señor esta carta vos envía don Diego Alvar de León, que en duro trance de muerte deciros pretende adiós. »Con estas letras, señora, lleva un leal servidor la venturosa presea que hubiese prendido yo sobre el vuestro noble pecho del lado del corazón, para que vieran mis ojos sobre tal cielo tal sol. Dios y el vuestro amor, señora hanme dado grande honor de que mi vida al tablero por Él pusiera y por vos; y fuera yo mal nacido y mal caballero yo si desta merced no fuese rendido conocedor. »Mi feudo de Salvatierra queda, doña Luz, por vos, que así a nuestro rey placióle cuando dispúselo yo; y ya que a Dios no pluguiera la nuestra feliz unión luzcan en la misma piedra por siempre juntos los dos, el vuestro blasón honrado y el mi preciado blasón. »No derraméis de los ojos llanto que no empuje amor, porque si solo lo empuja tristeza del corazón que en el honor no repara del que por éste finó, fuera un llorar muy menguado que lastimase el honor. »Maguer la memoria mía rompa el vuestro corazón, así verteréis el llanto que vos arranque el dolor como yo vierto mi sangre, sin plañir lamentación, porque firmeza y no cuitas nos piden Dios y el amor. ¡Adiós, y guardad el mío donde el vuestro llevo yo, que así os lo pide expirando don Diego Alvar de León!» De esta manera muy triste la hermosa dama leyó

ante los veinte lanceros, ante su padre y señor. Prendióse el joyel precioso del lado del corazón, guardó en el seno la carta y así diciendo acabó: «¡Lanceros de Salvatierra! Esta noche en Monleón, y a Salvatierra conmigo mañana, al salir el sol. Al salir el sol mañana vos dejo, buen padre, a vos. Labrad pronto cabe el nuestro de Salvatierra el blasón. Eso vos manda, leales, y esto vos ruega, señor, la viuda del valiente don Diego Alvar de León.» La canción del terruño De los cuerpos y las almas de mis hijos yo soy cuna, yo soy tumba, yo soy patria; yo soy tierra donde afincan sus amores, yo soy tierra donde afincan sus nostalgias, yo soy álveo que recoge los regueros de sudores que fecundan mis entrañas, yo soy fuente de sus gozos yo soy vaso de sus lágrimas... Yo el calvario de sus bárbaras caídas, yo el oriente de sus tenues esperanzas, yo la carga de sus días mal vividos y el insomnio de sus noches abreviadas, yo el tesoro de sabroso pan moreno que las manos honradísimas amasan de los hijos bien nacidos y la esposa bien amada. Yo quisiera que los gérmenes fecundos que sotierran en mis áridas entrañas, vigorosos y prolíferos se hinchasen, y pletóricos de vida reventaran, y paridos de mis senos a la vida, por mi haz se derramasen en cascadas que espumaran en agosto oro rubio sobre plata... Pero yo soy un decrépito ya estéril, sin las vírgenes frescuras de las savias, que mis bellas primaveras de otros días encendieron y cuajaron en sustancias, ¡en sustancias de la vida que rebosan porque hierven, porque sobran, porque matan si cuajando en otras vidas sus esencias no derraman! De la vida que me dio Naturaleza me sorbieron esas vírgenes sustancias, que en la mano pedigüeña de mis hijos yo vertía en creaciones espontáneas. El tesoro de mis senos ya está pobre,

seco el álveo que la linfa refrescaba... ¡No pidáis pan al hambriento ni al sediento pidáis agua! Ya están hondos, ya están hondos los filones del tesoro que mi seno os regalaba; con la punta de esas rejas no se topan, con gemidos y sudores no se ablandan... Ya mis senos no son cuna de semillas que en fecundo limo virgen germinaran: ¡Son sepulcros de simientes en el polvo sepultadas! Y es preciso que renazcan, que rebullan, que revivan en mi hondura nuevas savias, que me enciendan fructuosas concepciones, que me alegren florescencias soberanas, que me engrían madureces olorosas de cosechas opulentas bien gozadas... ¡Hizo Dios así a Natura: grande y fértil, bella y sana! Pero quiero que los hijos del trabajo no derritan de su carne las sustancias en la vieja brega estéril que me oprime, en la ruda brega torpe que los mata... No con riegos de sudores solamente se conquistan y enriquecen mis entrañas. ¡Hace falta luz fecunda! ¡Sol de ideas hace falta! Confidencias Un secreto vida mía; pero quiero que no llores si te digo que la adoro con el alma, si te digo que del todo no soy tuyo, si te digo que me ama una sombra peregrina de mujer irrealizable que mi espíritu ha creado porque nunca pudo hallarla en la vasta muchedumbre de adorables criaturas por los ámbitos del mundo derramadas. Tú no sabes que en mis días de mortales desalientos pavorosos y en las horas tan vacías de mis noches solitarias, cuando el mundo me abandona, cuando duermen los que aman, cuando sólo tengo enfrente los asaltos del hastío, cuando el alma, cuando el alma combate afligida con el ansia de todas las ansias, con el peso de todas las dudas, con las sales de todas las lágrimas, con el fuego de todas las fiebres, con el hipo de todas las náuseas, la impalpable vaga sombra femenina misteriosa como nuncio de consuelos que los cielos me enviaran, viene a verme con las alas extendidas, viene a verme cual paloma enamorada, y disipa en mi cerebro la pesada calentura con el roce de las puntas de sus alas..., ¡con el roce de las puntas de sus alas nacaradas!

¡Oh qué sueños! Yo soñaba que esa sombra nebulosa de mujer irrealizable que mi espíritu refresca con el toque de sus alas; ¡de unas alas como aquellas que perdimos las criaturas humanas!, en un cuerpo como el tuyo, con hechuras milagrosas encarnara. ¡Sueños locos! Dios no quiere que en la vida cristalicen esas sombras de los mundos de la nada: Dios no quiere que la aroma de la idea, condensada por anhelos de quien ama, caiga dentro de ese vaso peregrino de viviente forma humana. Dios no quiere, Dios no quiere que yo sea todo tuyo, porque quiso que te viera y que te amara, y no quiso darte algo que necesita mi alma para que entera en la tuya pudiera yo derramarla Pero yo te quiero mucho, de otro modo que a esa aérea femenina sombra vaga que disipa en mi cerebro las ardientes calenturas con el toque misterioso de sus alas. Para ti son los impulsos más robustos de mi cuerpo y de mi alma, las miradas de mis ojos, que en los tuyos derretidas se derraman, las caricias de mis manos que te buscan y el aliento de mi boca que te abrasa, y en los besos de mis labios, y el ardiente palpitar de mis entrañas. Para ti mi compañía por la senda de la vida solitaria, el apoyo y la defensa de mi brazo vigoroso, los alientos de mi pecho, recipiente de tus lágrimas, y el cariño serio y hondo del esposo enamorado que en sus hijos te idolatra..., ¡en sus hijos cuyas vidas son estrofas del poema que el esposo enamorado, rendidísimo, te canta! Para ella... los delirios de la mente soñadora, los sentires melancólicos del alma, los pensares exquisitos y sutiles, las poéticas nostalgias..., los estériles poemas de la lira, ¡de la pobre lira bárbara!, los hastíos taciturnos y las hambres de ideales que me arañan ¡unas hambres de ideales que me arañan en el alma! Sí; las flores y los frutos y las savias de mi vida para ti, que eres humana: los aromas, para ella, que es fantástica figura de los mundos de la nada. ¡Oh mujer, el Hombre es tuyo! ¡Tuyo el Poeta, oh fantasma! Acuérdate de mí

Cuando tiendas tu vista por las cumbres de esas sombrías y gigantescas sierras que estas tierras separan de esas tierras, acuérdate de mí; que yo también, cuando los ojos fijo en esas altas moles silenciosas, me paro a meditar en muchas cosas... ¡y a recordarte a ti! Cuando hondas ansias de llorar te ahoguen cuando la pena acobardarte quiera, resígnate al dolor con alma entera ¡y acuérdate de mí!, que yo también cuando en el alma siento algo que se me sube a la garganta, ¡sé resignarme con paciencia tanta, que te admirara a ti! Cuando te creas en el mundo solo y juzgues cada ser un enemigo, ¡acuerdote de Dios y de este amigo que te recuerda a ti! Y esa doliente soledad sombría poblárase de amor en un instante si en Dios llegas a ver un Padre amante, ¡y un buen hermano en mí! Si del trabajo la pesada carga y lo áspero y lo largo del camino te hicieran renegar de tu destino. ¡acuérdate de mí! Porque soy otro hijo del trabajo que, sin temor a que la senda es larga, llevando al hombro, como tú, mi carga, ¡voy delante de ti! Si del demonio tentación maldita o el mal consejo del amigo insano te pusieran al borde del pantano, ¡acuérdate de mí! Y piensa un poco lo que tú perdías y piensa un poco lo que yo sufriera si donde otros se hundieron, yo te viera ¡también hundirte a ti! Y si te cierra la desgracia el paso sin llegar a la hermosa lontananza donde tú tienes puesta la esperanza, ¡acuérdate de mí! ¡Acaso yo tampoco haya llegado donde me dijo el corazón que iría! ¡Y esta resignación del alma mía te da un ejemplo a ti! Si vacila tu fe (Dios no lo quiera) y vacila por débil o por poca, pídele a Dios que te la dé de roca, ¡y acuérdate de mí!; que yo soy pecador porque soy débil, pero hizo Dios tan grande la fe mía, que, si a ti te faltara, yo podría ¡darte mucha fe a ti!